





CUANDO LA VERDAD MIENTE



Dayana Rodríguez

CUANDO LA VERDAD MIENTE



Primera edición: noviembre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Dayana Rodríguez

ISBN: 978-84-10400-80-1

ISBN digital: 978-84-10400-81-8

Depósito legal: M-24267-2024

Editorial Adarve

c/Luis Vives 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







# CAPÍTULO 1

## LEIRE

—Ya te he dicho que aún no ha despertado. Debes relajarte y dejarme hacer mi trabajo.

—No me pidas que me tranquilice. La traje aquí porque confío en ti, pero tú eres un puto imbécil, ni siquiera has sido capaz de preocuparte por ella de verdad. Ya lleva casi tres días en coma...

Las voces se escuchan cada vez más cerca de mí. Es como si estuvieran dentro de mi cabeza, como si cada sonido se convirtiese en una vibración extraña que siento en lo más profundo de mis sueños.

Mi madre siempre me lo dijo: «La primera vez que te emborrachas tiene que ser en casa para saber cómo reaccionas al alcohol. Nunca mezcles bebidas alcohólicas, come bien antes de beber alcohol...». Bla, bla, bla. He de reconocer que tenía razón, me siento mareada, no recuerdo nada de lo que pasó ayer y por si fuera poco casi no puedo ver con claridad mi alrededor. Siento el cuerpo muy pesado. ¿Por qué tengo tanta sed? Intento levantarme para buscar un vaso de agua.

—Tiene que recostarse, señorita. Relájese, está en buenas manos —las manos de una mujer vestida de azul marino me recuestan hacia atrás. Parece sorprendida e incluso un poco alegre al verme.

—¿Dónde demonios estoy? ¿Dónde está Casandra? —intento hablar, pero ni siquiera sé si las palabras que salen de mi boca se entienden bien.

—Está en un hospital privado de...

—¿Un hospital? ¡Llama a Casandra, ella me llevará a casa! — grito con la poca voz que me queda.

Esta señora rara me pone nerviosa, ni siquiera puedo ver su rostro con claridad. Es como si estuviera medio inconsciente, pero todas las sensaciones son muy reales. Temo por unos segundos que alguien me haya drogado en la fiesta de anoche.

—Está muy alterada debe relajarse, en seguida vendrá el doctor. Por favor tranquilícese —decreta nerviosa. Seguidamente sale de la habitación con mucha urgencia.

Poco a poco las imágenes de mi alrededor se vuelven más claras. Una luz brillante y cegadora entra por la ventana. Siento el cuerpo muy pesado, pero tengo la capacidad de sentarme. ¿Cuánto tiempo he dormido? ¿Y cómo demonios se le ocurre a mi supuesta mejor amiga dejarme sola? No pienso dirigirle la palabra nunca más. Ella me dijo que estaría a cargo de mí y aquí estoy sola en un hospital al que ni siquiera sé cómo he llegado.

Intento buscar las voces que escuche hace un rato, pero solo veo una habitación de hospital muy lujosa con un ramo de flores en la mesita de noche. Desde una ventana que da al pasillo veo a unos capullos insultándose a gritos. Parece ser un hombre muy cabreado reclamándole a uno de los doctores. La enfermera de antes se acerca a ellos y le susurra algo emocionada. Inmediatamente el doctor sale corriendo en dirección contraria como si estuviera buscando algo. Todo esto me da muy mala espina.

Cuando mi madre se entere de dónde estoy, no me volverá a dejar salir con Casandra. No sé por qué mi madre odia a mis amigos. Sí, ya sé que siempre están en líos raros, pero yo tengo mi propio estilo y no pienso drogarme ni nada por el estilo. Yo sé lo que quiero. Además, Casandra y yo somos inseparables. Ni siquiera mi madre podría romper nuestra amistad.

—Lo siento, señor Freeman, no puede entrar, debe darle tiempo para que se recupere y esté consciente del todo —grita de repente mi enfermera de antes haciendo que me ponga alerta otra vez.

Mi enfermera intenta sacar a un hombre de unos ¿27 años? Pero este insiste y quiere entrar a la fuerza. ¿Qué demonios le pasa a ese tipo?

—Debo hablar con ella y comprobar que está bien, ¿Es que acaso usted no tiene sentimientos? —enerva con rabia el hombre que hablaba con el doctor de antes.

—¡Si no sale ahora mismo llamaré a seguridad! ¿De verdad piensa que por ser quien es tiene derecho a hacer lo que quiera? —mi enfermera rubia de bote tiene más carácter del que parece.

—¡Joder, solo será un segundo, déjame verla! —gruñe el hombre intimidando a mi enfermera con su altura.

Se le ve desesperado. Seguro se equivocó de habitación.

—Tiene un minuto. Nada más, el doctor está a punto de regresar —le grita de nuevo mientras sale.

En el instante que la enfermera lo deja pasar el rostro enfadado del hombre cambia por completo por uno alegre y aliviado. Esta situación me está asustando cada vez más. ¿Este tipo quién es y por qué se me está acercando como si me conociera de toda la vida?

—Leire, de verdad que lo siento, esto no tuvo que haberte pasado a ti... —me mira con cara de preocupación mientras intenta tocarme la cara—. Déjame explicártelo todo.

—Escuche, señor, no sé qué es lo que ha pasado entre nosotros ayer, pero yo soy menor de edad y no le conviene para nada estar aquí. Podría denunciarlo —le espeto y aparto su mano de un manotazo.

—¿De qué estás hablando? Sabes que no me gustan tus bromas. No es momento de vacilar.

No sé qué le pasa, pero puedo notar el miedo en su voz, este tipo debe tener algún problema psicológico y me está asustando.

Cojo el jarrón de flores que tengo al lado y con un movimiento brusco se lo estampo en la cabeza, él cae al suelo medio confuso mientras se toca la herida que le acabo de hacer. Eso tuvo que doler. Debo salir de aquí antes de que llamen a mi madre o a mi abuela y me castigue por una eternidad. Estoy harta de que me

amenace cada vez que muevo un dedo en la dirección contraria a la que ella me dice.

Intento sacarme todos los cables que están a mi alrededor decidida a dejar al hombre ahí tirado. No sé quién es este hombre, pero no es mi problema. ¿Se puede saber qué clase de alcohol me dieron como para que esté conectada a todas estas máquinas?

Cuando finalmente consigo desconectarme de todo salgo disparada por la puerta tropezando con mis propios pies, pero imprevisiblemente la enfermera y el doctor de antes me sorprenden en el camino e intentan alcanzarme. Es casi imposible correr con esta bata tan rara. Vamos, Leire, tú puedes. Giro hacia la otra dirección en busca de otra salida esquivando a algunos pacientes, cuyos parecen que no saldrán de aquí en mucho tiempo. De pronto veo como todo se vuelve negro y caigo al suelo.

Diría que esta es la primera vez que no finjo desmallarme.

Abro los ojos despacio y confusa, una vez más. Definitivamente esta será la última vez que beba.

¿Dónde carajos está Cassandra? Tal vez ella también está en este hospital. Me niego a creer que me dejase sola. Ella nunca haría algo así.

Un señor con el mismo uniforme que el doctor de antes está tocando unos botones en la máquina que está a mi lado. Seguro estamos a punto de viajar al futuro o algo por el estilo. Disimulo fallidamente la risa que me da mi propio chiste y él me mira sonriente.

—Eres mi primera paciente en despertarse con una sonrisa en la cara. Eso si olvidamos el numerito que hiciste hace un rato — vuelve a sonreír.

—Al menos tú eres más amable que la otra enfermera. ¿Qué me ha pasado, porque estoy aquí? —pregunto mientras me siento.

—Tranquila, es normal que te sientas confusa después de todo lo que pasó. Sé que no estás muy estable ahora mismo, pero según Adel debéis volver al trabajo de inmediato. Es muy terco. No sabe lo débil que estas —me comenta colocándose bien las gafas.

Me deslumbran sus ojos verdes, cuyos resaltan incluso más por su piel canela. Se nota que es un principiante. No parece ser muy mayor.

—¿El trabajo? ¿De qué estás hablando? —cuestiono desconcertada.

—Entiendo, si yo fuera tú tampoco quisiera volver allí, no entiendo por qué siempre te arriesgas tanto por esa gente —hace una mueca de asco.

—¿Tú de qué coño vas? No los conoces para nada. Ellos tal vez no son la mejor compañía, pero son mis amigos —le contradigo irritada. No me conoce.

—Leire, entiendo que ahora te juntes con ellos, pero no creo que te hagan bien. Antes de empezar a trabajar allí no acababas en un hospital.

—Deja de hablarme como si me conocieras de toda la vida. Tú no sabes nada de mí. Pensé que eras más normal que la otra enfermera —le corrijo furiosa.

Estoy harta de este lugar lleno de gente loca y enfermeros metiches. Tendré que llamar a mi madre de todas maneras. No soporto un segundo más en este lugar.

—Lo siento, ¿vale? Pero me preocupo por ti, estoy harto de tenerte en el hospital a cada rato, todo es culpa de tu trabajo de mierda. Esta vez has ido muy lejos, casi mueres —me reclama atormentado y con preocupación en la voz.

—¿De qué carajos estás hablando? Esta es la primera vez que estoy en este hospital y a ti no te había visto en mi vida. No sé qué clase de psicología rara estás usando para sacarme información, pero te aseguro que yo no me drogo ni me la paso en un hospital —aseguro cruzándome de brazos—. Es obvio que te has equivocado de paciente.

El doctor con la chapa en su uniforme que pone César Miller agranda sus verdes ojos incrédulo y se queda en silencio mirando de un lado para otro, en busca de un dato que parece faltarle. Se pone de pie y se toca su oscuro y rizado cabello exasperado. Juraría

que está a punto de llorar al ver como se le acelera la respiración. Intenta relajarse y se sienta a mi lado con la mirada fija en mis ojos. Intenta coger mi mano, pero la aparto instintivamente. Él me mira con más desesperación aún en sus ojos y se seca la lágrima que apenas salía de su ojo izquierdo.

—Por favor, dime que es lo último que recuerdas —cuestiona cuadrado los hombros intentando demostrar un cierto control emocional.

—Ayer salí de fiesta con mi mejor amiga Casandra y pues, como es obvio, me emborraché por primera vez —saco las palabras de mi boca avergonzada por mi irresponsabilidad—. Escuche, entiendo que se preocupe por mí y que es su trabajo, pero está haciendo un gran drama. Solo soy una adolescente más que tuvo una noche loca. No creo que sea para tanto. Además, me siento bien y puedo volver a casa. Solo necesito que llame a Casandra, ella me llevará a casa y me dará su famosa receta casera para la resaca —intento tranquilizarlo, pero parece que lo estoy preocupando aún más.

El tal César se levanta despacio y sale por la puerta sin dirigirme la palabra. Segundos después escucho cómo algo en el pasillo es estampado contra el suelo y la voz de una enfermera le reclama. Él susurra algo y lo siguiente que escucho es un silencio sepulcral.

No creo que me dejen salir de aquí hasta que no venga mi madre. Ni siquiera sé dónde está mi teléfono o mi ropa. Prefiero que el hombre de antes vuelva. Él es mayor de edad. Seguro que él me podría sacar de aquí sin levantar sospechas.

Pasan los minutos y nadie vuelve a entrar. Intento dormirme, ya que aún siento el cuerpo muy pesado. Por más que intento recordar lo que paso anoche, solo puedo acordarme de como bailaba mis canciones favoritas y me reía de los chistes sin sentido que contaba Casandra. Dejo que mi imaginación me lleve de vuelta a ese lugar sin sentirme angustiada por el regaño que me espera en casa.

—¡Leire, despierta, debemos salir de aquí!

César me sacude con brusquedad intentando despertarme. Intento gritarle para que me deje en paz de una vez, pero este me tapa la boca para que me calle mientras mira desesperado hacia la puerta. Escucho pasos corriendo de un lado hacia otro, incluso cosas caerse al suelo.

Definitivamente este lugar está lleno de locos.

César me lleva al baño en brazos contra mi voluntad y me esconde en la enorme bañera. Para ser un hospital de locos he de reconocer que las habitaciones son muy lujosas y amplias. Él vuelve a salir del baño y me suplica con señas que me quede en silencio. A pesar de que no confío para nada en este loco, decido hacerle caso. Se le ve muy asustado y preocupado por mí. Sigo sin entender qué está pasando.

Me extraña escuchar cómo mueve cosas de la habitación en la que estaba. Juraría que está ordenándola o quizá todo lo contrario. Alguien abre la puerta de un portazo y entra dando fuertes y lentos pasos.

—Se me ha escapado. Esa zorra siempre se escabulle —contesta César sin que nadie le pregunte nada simulando enfado.

—Esta no serán una de tus estrategias raras para intentar protegerla, ¿verdad? —replica una voz femenina, pero firme al mismo tiempo—. Tienes un trato con nosotras, ¿recuerdas? Si fallas no creo que ella quiera que tenga compasión contigo mientras te estrangulo —lo amenaza.

Su acento ruso hace que el miedo se entierre en mi cuerpo sin pedir permiso siquiera.

—La encontraré, no te preocupes. Está débil, seguramente no irá muy lejos. Sigue buscado fuera, yo revisaré las cámaras de seguridad —se defiende con cierta autoridad, cuya él mismo no se acaba de creer.

Me da vergüenza ajena al notar cómo tiembla su voz. De todos modos, él insiste en mantenerse firme.

—No me vengas con juegucitos, César, no tienes muy buena fama cuando se trata de traicionarla. Si vuelves a fallarnos, te ase-

guro que será la última vez —le advierte la mujer suspirando de irritación.

—Ni se te ocurra amenazarme de esa manera, yo necesito encontrarla tanto como vosotras. Ha estado en coma durante tres días. Ya te he dicho que está muy débil. Con tantas amenazas lo único que consigues es hacerme perder el tiempo. Si no la encontramos será por tu culpa —espetea con voz temblorosa dando fuertes pasos hacia la salida. No se le da muy bien lo de hacerse el duro.

Los pasos de los dos se vuelven cada vez más insonoros. Cada segundo que pasa entiendo menos, pero es obvio que me he metido en un buen lío. ¿Dónde estás, Casandra?

¿He estado en coma? Ahora sí que juro que no volveré a probar una sola gota de alcohol.

Salgo de la bañera con cuidado de no caerme. Aún me siento débil. Será mejor que me quede aquí hasta que César vuelva. No querría encontrarme con la señora esa con voz de militar recién graduado. Una parte de mí cree haber escuchado esa voz antes, pero no logro recordar.

Me dirijo al espejo que está al lado del lavamanos. Dios santo, estoy peor de lo que creía, parece que he envejecido en una sola noche, tengo unas ojeras profundas y mi ondulado cabello parece un nido de pájaros. Incluso tengo una herida encima de la ceja que parece que está a punto de cicatrizar. Mi piel morena está muy pálida.

Cuando encuentre a los causantes de todo esto les pondré una denuncia que se van a cagar. Uno de los enamorados de mi madre es abogado y de los buenos. Lo de anoche tuvo que ser más bien una masacre en vez de una fiesta. Quizás Casandra y yo nos metimos en una pelea. No sería la primera vez.

Me lavo la cara con agua fría intentando controlar mis mareos repentinos mientras lo espero, pero cuando menos lo espero mi cuerpo vuelve a caer en una clase de nube. Lo vuelvo a ver todo negro.



## CAPÍTULO 2

### LEIRE

Cuando vuelvo a despertar estoy en una cama de una habitación muy lujosa. Por el gran ventanal entran las luces de noche de la calle, cuya está abierta y entra un agradable aire fresco de verano. Quiero creer que todo fue una pesadilla, pero en el fondo sé que fue real. Aún sigo sin recordar lo que pasó conmigo, pero teniendo en cuenta el careto que tenía cuando me mire en el espejo de ese raro hospital, es mejor olvidarlo para siempre.

Me levanto con miedo de volverme a desmayar otra vez. Estoy cansada de desmallarme y aparecer en un lugar diferente. Me aterra el hecho de no tener el control sobre mí misma.

Necesito encontrar un teléfono en alguna parte para llamar a mi madre. Tiene que estar muy angustiada. Ni siquiera sabe que ya desperté del supuesto coma.

Encuentro un teléfono fijo al lado de la cama del presidente, rey o mafioso árabe que me haya traído hasta aquí y tecleo lo más rápido que puedo. Hasta el teléfono de los ricos parecen ser del futuro.

Llamo al teléfono fijo de mi casa, aunque conociéndola no estará en casa por su exasperante trabajo. El teléfono suena, pero nadie lo coge y decido volver a intentarlo llamando a su teléfono móvil. Al cuarto tono lo coge una versión amable y despreocupada de mi abuela. No parece ella, no optante es su voz.

La saludo temerosa de lo que me espera. Debe de estar muy preocupada por mí. La conozco bien. En el fondo está furiosa conmigo.

—Hola, cariño, por fin te dignas a llamar. A veces se te olvida que siquiera existo —contesta ilusionada.

Es obvio que está fingiendo. Seguramente esa es una nueva estrategia para sacarme información.

Cuando llegue a casa me esperará un buen regaño.

—Abuela, sé que estás enfadada por no haberte llamado...

—Tranquila, Leire, estoy acostumbrada. Escucha, estaría bien si salimos a cenar en esta semana y así te enseñe mi nuevo plan de *marketing* para el restaurante. Necesito una opinión sincera y directa. Tú tómate tu tiempo, igualmente estoy muy liada.

—Abuela, deja de fingir, sé que estás enfadada. Por cierto, ¿desde cuándo tienes un restaurante?

—¿Lo ves? Nunca me escuchas, siempre estás liada con tus asuntos y casi ni llamas, pero en fin, he de admitir que ya eres mayorcita como para que esté siempre pendiente de ti —suspira antes de continuar—. Te tengo que dejar, cariño. El trabajo me llama. No olvides que te amo —cuelga dejándome con más dudas de las que ya tenía.

Diría que ahora siento mucho miedo, pero la verdad es que no sabría describir mi... No sé si hay una palabra para este sentimiento. Esto ya no se trata del alcohol y tampoco creo que una droga cree todas estas imaginaciones en mi cabeza.

Me dirijo a la puerta. Con un poco de suerte no está cerrada. Cuando intento abrirla alguien al otro lado se me adelanta sorprendiéndome. Es César. Un completo desconocido, quien por alguna extraña razón me transmite confianza. Él tiene respuestas y yo incontables preguntas. La pregunta del millón es si sus respuestas serán ciertas.

—Tengo que limpiarte esa herida, se te puede infectar si no la curas —me dice serio como si fuera normal todo lo que pasó antes—. Tómate estas pastillas para el dolor.

—¿En serio crees que aceptaré unas estúpidas pastillas tuyas? Estás loco si crees que después de lo que pasó hoy no te denunciaré por secuestro o lo que sea que estés haciendo —le grito sin te-

mor alguno a su reacción, debo actuar como una chica fuerte para que me tome en serio—. No sabes en el lío que te acabas de meter y mucho más porque soy menor de edad. Te va a caer una buena.

Me voy hacia el otro extremo de la cama y cojo el teléfono con el que llamé a mi abuela previamente. El tal César ni siquiera se inmuta por mi reacción agresiva de hace unos segundos. Solo suspira y me mira riéndose y negando con la cabeza. Noto que tiene el pómulo sonrosado. Parece que la militar rusa acabó golpeándolo.

—Tranquilo, César, ya desconecté el teléfono —entra por la puerta el hombre raro al que le tiré el jarrón en la cabeza en el hospital.

Este me mira con ternura sujetando una bolsa de hielo sobre la herida que le hice. Parece estar feliz de verme bien. Se ha cambiado de ropa. Su recién planchada camisa define muy bien sus músculos, pero lo que me llama la atención son sus ligeros hoyuelos al sonreír.

Estoy metida en un buen lío y por si fuera poco no tengo ni idea de por qué estoy en él. Estos hombres no aparentan un peligro para mí, aunque de todas maneras se comportan muy extraños. Eso me asusta.

—Leire, sé perfectamente que ahora mismo todo es confuso para ti, pero créeme que nosotros no queremos hacerte daño —me tranquiliza quitándose la bolsa de la cabeza y sentándose en la esquina de la cama—. En cuanto te expliquemos todo entenderás por qué estás aquí.

—Qué amable de vuestra parte, pero me encantaría que me lleven a mi casa en vez de que me secuestren y no me dejen llamar por teléfono —reclamo con fingida cortesía e imitando su postura de hombre de negocios.

—Tienes que relajarte antes de que te vuelvas a desmayar —rechista César mientras intenta sentarme en la cama otra vez, quito sus manos de mí con una patada dirigida a sus partes que por desgracia ha podido esquivar—. Adel, encárgate tú. Yo no puedo más —suspira rebelándome el nombre de ese tipo.

César está irritado por algo y ese algo no soy yo. Necesito saber que pasó en el hospital ¿Por qué de repente estoy aquí?

Me siento en la cama como una niña pequeña y miro a mi alrededor en busca de alguna idea alocada que me saque de aquí.

—Leire, por favor, dime en qué año estamos —me pregunta Adel arrodillándose en frente de mí.

—En el 2012 —objeto confusa por su pregunta.

—No me conoces, ¿verdad? —curiosa con una mirada apagada y distante.

—No, ¿por qué debería?

—Porque yo a ti sí —murmura bajando la cabeza.

—Adel, ya hemos hablado de esto tenemos que esperar a que venga el especialista en traumatismo cerebral antes de decirle nada —César levanta al tal Adel del suelo.

—No entiendo de qué estáis hablando. ¿Por qué me sacasteis del hospital? —vuelvo a levantarme para enfrentarles, pero me siento al instante por un mareo repentino.

—Te traeré algo de comer. Te juro que te contaremos todo, pero necesito el permiso del doctor antes, no sé cómo vas a reaccionar —me tranquiliza Adel tocándome la mejilla con suavidad.

Odio que se crean con derecho sobre mí. Yo también tengo derecho a decidir por mí misma.

Tengo derecho a la verdad.

—No. Ya estoy harta de vuestros juegos. Quiero la verdad ahora. No entiendo nada de lo que ocurre, ¿qué demonios pasa? —les exijo explicaciones histéricamente, mientras se dirigen a la puerta con intención de volver a dejarme aquí encerrada.

—Solo te puedo decir que... —Adel suspira con rabia y tristeza en la mirada antes de terminar la frase— estamos en el año 2021.

Con esa frase aclara el gran detalle que me faltaba. He perdido la memoria. Se supone que eso debería ser suficiente para entender la confusión que siento, pero ahora es cuando surgen más preguntas en mi cabeza.

Los dos salen por la puerta y la cierra tras ellos dejándome confusa y sola. Intento abrir la puerta por la que salieron, pero lo único que consigo es gastar energías en vano. Los muy imbéciles cerraron con llave.

Me percaté de que la habitación tiene un gran ventanal que da a un balcón. Repaso mentalmente todas las películas de acción que he visto en busca de alguna locura que me saque de esta. Por desgracia para mí el edificio es demasiado alto y por más atrevida que me considere no creo que sobreviviría al intentar escapar por aquí. Doy vueltas por toda la habitación, pero no hay nada que me indique una posible salida. Donde están esas rejillas de calefacción donde escapaban todos mis actores favoritos en sus películas.

No sé si esos dos están jugando con mi mente. Solo tengo 17 años. Seguro piensan que soy tan estúpida como para creerme esa historia.

Tal vez la mujer del hospital en realidad estaba intentando salvarme.

No pienso hacerles caso en nada y mucho menos al supuesto doctor loco que va a venir después.

¿De verdad se creen que, porque son mayores podrán engañarme tan fácilmente? No tienen ni idea de con quién se están metiendo. No puedo creerlo. No quiero hacerlo. La conversación con mi abuela debe de tener alguna explicación lógica.

Busco algo en la habitación que se parezca a un arma para amenazarles cuando vuelvan a entrar y salir corriendo. Entro al baño que está detrás de una de las puertas para continuar mi búsqueda. Me decido por una cuchilla de color rosa y saco la Gillette con cuidado de no cortarme. Intento fallido. Me he cortado el dedo gordo. Parecía más fácil cuando Casandra me enseñó a hacerlo.

Cojo papel y lo envuelvo alrededor de mi dedo. No creo que me vea muy amenazadora si voy por ahí con una Gillette cuya me ha cortado a mí misma. Rebusco entre los cajones y encuentro unos guantes de plástico para limpiar. Al menos con esto no se me verá la herida y no pareceré una patética.

Bueno, eso es discutible.

Puedo escuchar cómo los pasos se aproximan a la habitación. Esta vez escucho tres voces masculinas. Una de ellas debe ser el presunto doctor, que me dirá que he perdido la memoria. Me pongo de pie y me escondo al lado de la puerta para sorprenderles al entrar. No saben lo que les espera.

Abren la puerta lentamente. Adel es el primero en entrar. Me acerco sigilosa armándome de valor para atacarle. A la cuenta de tres. Tú puedes, Leire. Una, dos y tres. Me abalanzo sobre él cuando este se gira al instante esquivándome con elegancia como si fuera pan comido. Me coge la mano en la que tengo mi supuesta arma y con un golpe firme en la muñeca hace que mi mano se abra automáticamente consiguiendo así que esta se caiga. Por último, me tira al suelo boca abajo agarrándome otra vez de la misma muñeca. Y todo esto en cuestión de segundos.

—Puede que hayas perdido la memoria, pero sigues siendo la misma de siempre —se burla ayudándome a levantarme con delicadeza.

Aparto sus manos de mí con rabia, mientras todos miran mi guante rosa. Al frente de mí veo a los dos chicos de antes junto con un hombre de unos 40 años con un maletín enorme en la mano.

—Deja de hablar como si me conocieras. Ni tú ni nadie me van a ver la cara de tonta —le grito a la vez que recupero mi Gillete y los apunto con este—. ¿Se creen que de verdad me voy a creer el cuentito ese de que han pasado nueve años? —continúo gritándoles y acercándome cada vez más.

Esta vez mantengo el brazo más firme.

—Debe relajarse, señorita. Así no llegaremos a ninguna parte y usted ha sufrido graves heridas en la cabeza. Si no la atiendo de inmediato podría ser perjudicial para su salud —dice el presunto doctor con barba gris y mucho gel en su canoso peinado.

Me sorprende ver el tatuaje que se le asoma por el cuello. Su bata blanca no me deja verlo con claridad.

—¿En serio cree que me chupo el dedo? Estoy segura de que usted no es ningún doctor. Ni siquiera entiendo por qué me saca-

ron del hospital de antes, ni por qué no me dejan llamar —replico caminando de un lado a otro sin dejar de señalarles con mi Gillette.

—¿Siempre ha sido así de cabezota? —pregunta el doctor dirigiéndose a ellos con una sonrisa.

—Sí, pero tenemos que entenderla, no se acuerda de nosotros, es normal que desconfíe. Ya te dije que deberíamos traer a su madre para que se tranquilice —propone César en susurros.

—Sabes perfectamente que estamos escondiéndonos aquí. No podemos llamar la atención de esa desquiciada y que finalmente su gente nos encuentre. Tu cabeza está en juego, ¿recuerdas? —le advierte Adel sin quitarme la mirada de encima.

—A ver, listillo, acaso se te ocurre qué más podríamos hacer para que se deje atender por el doctor —contraataca César hablando más alto.

En cambio, Adel mantiene la compostura manteniendo sus cálidos ojos marrones clavados en mí. Está alerta. Sabe que en cualquier momento haré lo primero que se me pase por la cabeza.

Está claro que los dos no se llevan muy bien, pero se esfuerzan por trabajar en equipo. En el hospital me quedó claro que César corre peligro.

—Podríamos enseñarles un par de fotos nuevas para que nos crea que ha perdido la memoria —propone Adel para tranquilizarlo.

—No sabemos cómo reaccionaría a tanta información de repente. Debería hacerle un análisis primero para saber cuál es su estado ahora mismo. Vuestra amiga ha estado tres días en coma. Podría tener graves lesiones cerebrales después del accidente —el doctor se une a la discusión.

Mientras tanto, yo me siento como una niña esperando a que sus padres decidan qué hacer.

—Eso, muy bien. Finjan que no estoy aquí escuchándolo todo. He de decir que sois unos grandes actores. Os habéis montado el numérico muy bien. Aplaudiría si no tuviera una Gillette en la otra mano —ladro con toda la arrogancia que he aprendido de los pijos de mi barrio.

—Podríamos dormirla —continúa César como si nada—, pero yo no me ofrezco voluntario.

Empiezo a gritar como una loca. Alguien en este edificio seguro me escuchará y llamará a la policía. Los tres hombres que tengo al frente se tapan los oídos mientras yo saco toda la voz que tengo por dentro. Grito socorro varias veces. Estos maleantes no se van a salir con la suya. Sigo gritando con todas mis fuerzas cuando de repente vuelvo a ver todo negro y caigo al suelo contra mi voluntad.

Cuando vuelvo a despertar estoy acostada en la cama de antes con unos cables pegados a la cabeza y al cuerpo. Otra vez me he vuelto a desmayar. Tendría que haber hecho caso a César y comer algo.

El doctor está a mi lado comprobando algunos datos de una carpeta. Ya verás cómo al final sí va a ser doctor y yo hice un drama en vano. Pero sigo sin entender por qué tanto misterio con estos chicos. El doctor se da cuenta de que ya me he despertado y me intenta tocar la herida que tengo encima de la ceja.

—Es un milagro que sigas viva. No comprendo cómo pudiste estar de pie antes —balbucea con el ceño fruncido.

Los otros dos están de pie al otro lado de la cama. Observándome como si estuvieran seguros de que volveré a hacer alguna otra locura. No se equivocan. César mira al doctor con desconfianza. Él observa cada movimiento del doctor como si dudará de que esté haciendo bien su trabajo. Eso hace que yo me sienta más insegura aún.

—Necesito llevarla a un hospital de verdad. Aquí no tengo el material suficiente para hacerle un análisis cerebral —alega el doctor después de medirme la temperatura—. Si no actuamos rápido ella podría empeorar. ¿Por qué no dejáis que me la lleve a mi casa? Allí tengo varias máquinas que nos podrían ayudar.

El doctor suspira angustiado. No está acostumbrado a trabajar en estas condiciones. Se le ve nervioso. Por alguna razón estos dos imbéciles no me quieren sacar de aquí. Si no fuera por lo débil que me siento les volvería a gritar.



—Ya le hemos dicho que ella no puede ir a ninguna parte porque corre peligro —decreta Adel manteniéndose firme otra vez.

Este hombre se comporta como un militar. También es obvio que sabe pelear como uno.

—¿Y por qué no llamas a tus fantásticos compañeros para que nos ayuden a encubriarla y sacarla de aquí? —propone César con cierto sarcasmo.

—No empieces con tus indirectas, César. La razón por la que estamos aquí es porque hay un topo en nuestras oficinas —se agarra de los pelos y lo mira con notoria furia—. No puedo confiar en nadie ahora mismo. Ni siquiera sé si tú estás de nuestra parte o no.

—Ni se te ocurra insinuar que soy un traidor. Te recuerdo que el mentiroso aquí eres tú.

—Pero yo lo hago por asuntos de trabajo, aparte de que tú nunca has elegido un bando fijo, siempre te quedas en el medio haciéndote el santo que no hace nada malo, pero yo te he visto hacer cosas...

Los dos chicos se callan de repente y miran con los ojos muy abiertos al doctor con un reflejo de asombro en la mirada. Al girar la cabeza a la dirección a la que miran veo que el supuesto doctor los está apuntando con un arma.

—Ya me he hartado de vuestros estúpidos juegos de niños pequeños —enerva cambiando por completo esa cara de doctor pacífico a la de un psicópata—. Me han mandado aquí para llevarme a Leire y es lo que voy a hacer. Se supone que tendría que habérmela llevado hace más de una hora. Como podéis imaginar tengo un leve retraso. A Leire y a mí nos esperan con muchas ansias.

El tono de su voz es suave pero firme. Su sonrisa hace que se me ponga la piel de gallina. De repente me parece mejor idea quedarme aquí.

—Te manda ella, ¿verdad? —asume César entretanto yo me quedo quieta como una fotografía.

¿Qué está pasando aquí?

—Fuisteis tan estúpidos como para usar vuestros teléfonos y llamar a un doctor. Obviamente ella os está vigilando. Incluso es posible que esté escuchando esta conversación ahora mismo —se burla el doctor sin bajar el arma—. ¿De verdad creíste que ella volvería a confiar en ti? Todo el mundo sabe que no serías capaz de traicionar a Leire ni por todo el oro del mundo —sonsaca dirigiéndose a César.

César traga con fuerza a pesar de tener la boca seca. Puedo ver en su mirada lo humillado que se siente. En ese instante razono que ellos dos de verdad intentan protegerme. La pregunta es: ¿de qué?

Se hace un silencio ensordecedor en toda la habitación y el supuesto doctor me mira pensativo. Las agallas que sentía hace unos segundos desaparecen al ver las acentuadas venas de sus manos al agarrar esa arma. Mi corazón palpita como nunca.

—Lamentablemente no es parte del plan liquidaros a los dos, pero tengo órdenes de hacerlo si hacéis cualquier cosa para evitar que me la lleve —les amenaza sin pestañear.

—Pues vas a tener que hacerlo porque yo no pienso dejar que se vaya contigo —contraataca Adel cerrando los puños con fuerza.

Sus cálidos ojos marrones no se ven tan acogedores cuando se pone en plan máquina destructora.

—Yo te ayudaré. Posiblemente sea mi culpa que nos hayan encontrado —se ofrece el tal César, quien ya no sé si es doctor o no.

Por otra parte, el hombre los asesina con la mirada.

—Eso seguro —comenta Adel irritado.

Me sorprende la tranquilidad con la que habla Adel en esta situación. En cambio, yo no había estado tan quieta como ahora en mi vida. Tengo miedo de respirar más fuerte de lo normal y que ese psicópata empiece a dispararnos.

—¿Acaso tienes otro compañero mejor? —se defiende César señalando el arma que les apunta.

—Sí.

Adel saca un arma de su espalda y dispara al supuesto doctor en el brazo donde tenía el arma con un rápido movimiento sin ni

siquiera apartar la mirada de César. El doctor dispara al aire antes de tirar el arma y se cae al suelo a la vez que Adel le vuelve a disparar en la pierna. Yo miro hacia los dos lados estupefacta sin creer que esto no es parte de mi imaginación. Sin embargo, me siento aliviada y de alguna manera agradecida de que me hayan salvado de ese impostor. Por fin vuelvo a respirar al ver cómo César me coge en brazos después de quitarme todos los cables que tenía pegados.

Me sorprendo a mí misma por no haber gritado durante el minuto más largo de mi vida. Lo que antes era miedo se convierte en adrenalina y me gusta.

—Llévala a la habitación de arriba que te indiqué antes sin llamar la atención de los huéspedes. Lo más seguro es que la jefa de este imbécil está esperando órdenes de él para atacarnos —le susurra con firmeza a César por si es cierto que nos están vigilando y se acerca al hombre herido—. Tú espérame allí hasta que piense en un plan o le saque alguna información —ordena Adel quitando el silenciador que tenía su arma.

César me saca de esa habitación tan lujosa adentrándose a un pasillo más lujoso aún. Estos tipos deben ganar más dinero de lo que me puedo imaginar.

